



Capitán DIEGO MANRIQUE PINTO

LAS
RELACIONES
PUBLICAS
EN LAS
INSTITUCIONES
ARMADAS

ORIGEN

—

MÉTODOS

Y SISTEMAS

DE APLICACIÓN

—

SUS PROYECCIONES

Qué son y en que se fundamentan las tendencias humanas a establecer contacto con sus semejantes, a salirse cada cual de su propio yo, para volcarse en el ánimo de su vecino y buscar en él su alter ego, su complementación volitiva y racional? Esta pregunta, aparentemente complicada y difícil, sólo admite una respuesta, que si bien es cierto no satisface por entero nuestra curiosidad, sí deja a la mente libre de abstrusos interrogantes y dispuesta a aceptar sin reticencias el fenómeno: La sociabilidad humana parece ser una ley natural congénita a su naturaleza, que nace en lo íntimo de la conciencia; un imperativo de la razón que rige las actividades pensantes y comienza a hacerse presente desde el momento mismo cuando el recién nacido abre los ojos a un mundo desconocido, conoce la luz y recibe a través de sus cinco sentidos las primeras sensaciones vitales.

El instinto de comunicación, si bien se mira, cumple en el orden espiritual con la primordial tendencia orgánica de conservación y propagación de la especie. Busca a través de la mímica primero, de la palabra después, la mutua fecundación de los seres que le son afines. Cada uno da y recibe. Da y recibe toda clase de experiencias, de descubrimientos, de elucubraciones intelectivas y sensoriales. Todo ser vierte en el sujeto escogido para el mutuo intercambio las enseñanzas de su personal experimentación; entrega a los demás parte de personalidad y recibe a su vez, la corriente de ideas originadas en mentes condicionadas por circunstancias y conformaciones diferentes: afines, complementarias y, en ocasiones, contradictorias.

Este fluir del pensamiento, ininterrumpido y actuante desde el instante en el que sobre el haz de la tierra surgió la luz del raciocinio, ha cumplido sucesivas etapas de superación y, haciendo uso de instrumentos y medios

que a diario se perfeccionan y amplían, está estructurando una conciencia universal y por caminos, en ocasiones abiertamente divergentes y opuestos, persigue la unificación conceptual, el acuerdo integral de las unidades y su cohesión en lo que podríamos llamar el ente colectivo: es decir, la totalización de los sumandos, que en este caso están representados por los integrantes de todas las razas diseminadas en nuestro planeta.

—

Esbozada ya la significación metafísica de lo que se ha intitulado como Relaciones Humanas, y que apartándonos de lo abstracto denominaremos en adelante Relaciones Públicas, trataré ahora de situar su significación concreta y práctica dentro de la agrupación Social de las Fuerzas Militares, lo que constituye el objetivo primordial de este estudio.

Debe destacarse, en primer término, que las Relaciones Públicas son, como arma psicológica, una necesidad y desempeñan una misión de efectos y repercusiones visiblemente apreciables. El uso adecuado de esta Arma dará la medida de su eficacia en todas las oportunidades: antes de una operación bélica, durante su desarrollo y, más tarde, durante la consolidación de los planeamientos efectuados, la intervención de las Relaciones Públicas en función militar, es indescartable y obligante. La estructuración de las Fuerzas Armadas en la edad moderna no puede desentenderse, sin correr el riesgo de un seguro fracaso, de la actividad propagandística, informativa y orientadora que debe incidir sobre sus propios miembros, sobre sus conciudadanos y, hasta donde las circunstancias lo requieran, sobre el resto de conterráneos.

Sin pretender hacer un detallado análisis del comienzo y desenvolvimien-

to de esta actividad dependiente de los Comandos Militares, se puede afirmar que su aparición, funcionamiento y vertebración son de una relativa actualidad.

La Edad Antigua, con sus hordas de combatientes férreamente unidos al caudillo apocalíptico, de fallo irapealable y justicia implacable; la Edad Media, con sus reyes y señores feudales de horca y cuchillo, listos a someter bajo la ley del más fuerte a pueblos y naciones; y aún las primeras épocas de la Edad Moderna, con sus Ejércitos exclusivístamente disciplinados, todos ellos abroquelados en el apartamiento de su propio círculo, ignoraron, casi totalmente la suerte y derechos de las otras clases sociales; de aquellas que dedicadas a la especulación intelectual, a la política, al comercio, a la industria, al agro, vestían atuendos diferentes y hablaban distinto lenguaje. La educación, las costumbres el *modus vivendi* de unos y otros levantaban altísima barrera, que ninguna de las dos partes quería ni podía romper.

El hombre como **militar**, vale decir, como **castrense**, enclaustrado, al igual que las órdenes religiosas, creó su ámbito y ajustó su conducta a reglas y cánones independientes de los de la comunidad. Formó una casta, en la más rígida acepción del vocablo. Las acciones ofensivas y defensivas que habría de asumir las llevó a efecto bajo su riesgo y responsabilidad. No había menester ayuda de quienes no estaban versados en el arte de la guerra ni habían traspasado el foso de sus castillos almenados.

Pero los tiempos fueron cambiando. Las armas destructivas dilataron su mortífero poder; la profundidad de la atmósfera y la de los mares abrieron sus secretos a la investigación y hoy dispone al hombre para sus impulsos bélicos de un escenario sin fronteras, sin distancias, casi sin limitaciones.

Urgidas por los avances de la ciencia y de la técnica, espiadas por el infatigable adelanto de los medios ofensivos y contra-ofensivos, las Nacionalidades todas se afanan por allegar el mayor cúmulo de elementos que puedan contribuir a su salvaguardia.

Claramente se ve, entonces, cómo las relaciones civico-militares tomaron el puesto que les correspondía en el plano estatal y comunitario. Las altas jerarquías, conscientes de las gravísimas responsabilidades que sobre ellas pesan, sabedoras de que actúan como delegatarias de una sociedad a la que han de proteger en su vida, honra y bienes, han incorporado en sus planteamientos operacionales a las Relaciones Públicas.

Saben los Mandos directivos que en la hora de ahora, cuando los pueblos se multiplifican en progresión que ya va siendo alarmante para la supervivencia de la humanidad, el hermetismo perdió su razón de ser y el secreto solo puede subsistir cuando razones tácticas y estratégicas así lo demandan. No es imaginable que, en la era que vivimos un país, por pequeño y alejado que se le suponga, pueda desconocer integralmente los hechos que lo circundan y que, en una u otra forma, lo afectan. El aislamiento étnico ya periclitó y las murallas chinas derrumbadas por los siglos, apenas si se rememoran como elemento decorativo de una postal de leyenda.

Tenemos, pues, que la comunicación entre militares y civiles, su enlazamiento, es un Arma que alinea en el arsenal donde forman aviones, barcos, tanques y cañones. Participa de la potencialidad de estos instrumentos y goza de ventajas que los puros medios físicos no poseen. La razón es obvia: todo el material combativo, actúa como elemento **dirigido**, guiado; automáticamente cumple su orden con resultados más o menos satisfactorios, más o menos positivos. En cambio, las Re-

laciones Públicas **dirigen**, guían; su energía directriz, emana de la **idea**, sus vehículos transportadores, la palabra, la imagen, el gráfico y numerosísimos medios de expresión.

Cumple ahora señalar cuál es el objetivo específico, la razón de ser de su funcionamiento, su aplicación en el campo de las armas.

Objeto principal de este recurso es, sin duda, la preparación psicológica de las gentes para ser persuadidas, en una determinada situación, de la razón que asiste a los mandos militares para obrar en tal o cual sentido, para tomar esta o aquella resolución, esta ruta y no la otra. Si la persuasión no se obtiene, sino que, al contrario, la labor comunicativa provoca recelos, dudas, argumentaciones en contrario, resistencias, quiere decir que algo anda mal en el mecanismo del contacto y que el sistema todo falla en su aplicación y no cumple la consigna de penetración asignada.

De lo dicho se deduce que la máxima aspiración para el buen éxito de las Relaciones Públicas está en obtener la **confianza** de la entidad, del grupo o del individuo. Una confianza que por sí misma constituye una colaboración, un punto de apoyo para la buena marcha de propósitos mediatos o inmediatos. Sin el cimiento de esa confianza los planeamientos directivos, podrían verse obstaculizados, interferidos y aún anulados por quienes no tienen fe en el acierto de los que conducen sus destinos.

Pero hemos de observar que el estado anímico de confianza, vale decir de entrega personal de la voluntad, así la colectiva como la individual, no es un fruto de generación espontánea, que crezca en cualquier campo y bajo condiciones desfavorables. Necesita para su germinación del abono adecuado, de la fecundación indispensable.

Y cuales son esos genes, esas sustancias nutricionales?

Solamente la **verdad**, expuesta con sinceridad, sin subterfugios.

Las Relaciones Públicas, esencialmente, no pueden concebirse como un sistema de engaño o de desviación del criterio en las zonas de opinión. Una información falsa, por hábil que se la suponga, por muy llamativa que sea su exposición, no puede jamás tener una permanencia estable.

El individuo y las masas, cualesquiera que sean su condición social y su nivel educativo, disponen siempre de fuentes informativas, de datos, de indicios, de caminos que indefectiblemente llevan a conclusiones ciertas. En todo problema planteado a la mente humana, trascendental o baladí, pero que debe ser dilucidado —a fin de rechazarlo o acogerlo— el raciocinio en función dialéctica, discrimina, escoge, elimina, sintetiza y persigue la fórmula consensual que le satisfaga su tendencia a la posesión de la **verdad**.

No significa, lo dicho, que siempre haya de decirse toda la verdad ni que haya de revelarse sin limitaciones el fondo de una planeación, o que deba descubrirse sin reservas una precisa situación, que al hacerla de dominio público perdería su poder sorpresivo y debilitaría su estructura. Sin una inteligente dirección, las Relaciones Públicas, en todos los radios de acción, pueden desembocar en consecuencias negativas y volverse, a manera del bumerang, contra su mismo creador. En el ámbito militar, se comprende muy bien que razones tácticas y estratégicas no hagan aconsejable dar al conocimiento de los asociados especificaciones y detalles que por su naturaleza sirvan a los intereses adversarios. Resumiendo, las Relaciones Públicas deben "difundir" y "preservar": difundir lo que sea necesario para el logro de un objetivo que afecta a la comunidad; difundir las informaciones conducentes a cimentar el prestigio y solvencia moral de quienes están encargados de

defender la seguridad personal y colectiva de sus delegatarios; difundir para lograr la colaboración y apoyo de los estamentos sociales que, en sus respectivos campos de acción, han de prestar su ayuda y apoyo al cuerpo dirigente responsabilizado en una tarea de defensa. Y "Destacar", o sea como lo señala el vocablo, procurar que el buen nombre de las Instituciones Armadas, en nuestro caso, no decaiga ni se desprestigie; que en todas las oportunidades —las adversas, las dudosas y las propicias— las masas debidamente advertidas e informadas, confirmen su seguridad en quien tiene en su mano la brújula y da el derrotero.

La carencia de unas buenas Relaciones Públicas, o su aplicación errada y acaso mal intencionada, arruina esfuerzos de años, desvaloriza sacrificios, desvertebra organizaciones y anarquiza las más acertadas especulaciones. Bien conocemos, en lo que atañe a la milicia, como sucede que, el error o la falacia de un Jefe, la falta de un directivo, la inhabilidad de una voz de mando, contingencias estas ajenas a la habilidad humana, cambiar súbitamente la buena disposición de las multitudes que olvidan fácilmente los beneficios recibidos y extienden su condena a toda una Institución donde, quizá, solo el uno entre ciento defeccionó. Conquistas ganadas en la conciencia de las masas a base de paciencia, buena voluntad y demostraciones objetivas de eficiencia, tornan indiferentes y hostiles a los mal informados, a los desconectados de los centros impulsores que no los tuvieron en cuenta o que juzgaron, tal vez, estorbosa la participación espiritual de seres pertenecientes a diferentes estratos.

Las Relaciones Públicas son un hilo comunicativo, una onda receptora y transmisora, y han de poseer los atributos de la continuidad, de la permanencia. Llevadas esporádicamente, a saltos, al vaivén de las improvisacio-

nes, se frustra su finalidad y dejan de ser un sistema debidamente canalizado. Su manejo ha de encomendarse al personal de expertos que posea las cualidades exigidas por esta profesión y de las cuales trataremos adelante.

En el manejo de las Relaciones Públicas Militares su radio de acción ha de ejercerse desde adentro hacia afuera. Los Oficiales, los Suboficiales y los Soldados deben tener la ilustración adecuada sobre el por qué del papel en el que cada uno de ellos se encuadra. Aunque es cierto que las órdenes castrenses son de carácter terminante, no discutibles y de obligada obediencia, no obsta ello para que los relacionistas, haciendo uso directo de la palabra o de otros medios escogidos a su elección, procuren a sus compañeros y subalternos la comprensión que todo ser racional necesita para la justificación de sus actos. El Soldado que, además de cumplir una orden y ejecutar un movimiento para el cual se le ha instruido previamente, pero cuyas motivaciones ni siquiera vislumbra, no será el sujeto activo que sabe por qué se lo llamó a servicio, cuál es el motivo para que la Nación, su Patria, lo haya separado de su hogar, de su mundo familiar y social, donde desenvolvía su vida, alimentaba sus ilusiones y encaraba sus cotidianos problemas. No hay que desestimar, tampoco, que el recluta, el voluntario, el soldado, siguen siendo miembros de sus respectivos núcleos sociales. Que durante su paso por los centros cuartelarios y luego, cuando pase a las reservas, lleven a las gentes que los rodean el fruto de las experiencias adquiridas durante su actividad militar.

Se desprende de todo esto, que los responsables de las relaciones militares no pueden considerarse a sus hombres como simples instrumentos combatientes, sino que al influir sobre todos y cada uno de ellos, están trabajando sobre la psiquis de una colectividad, están

infiltrándose, si así puede decirse, en el fondo de innumerables conciencias. La voz del soldado que sirvió bajo banderas por espacio de tiempo, corto o largo, ejercerá valiosa influencia en el concepto aprobatorio o desaprobatorio de conciudadanos interesados en penetrar las características de una Institución, que miran con respeto, pero también con recelo y, en ocasiones, aún con desconfianza.

Consecuencia lógica es la de que las Relaciones Públicas Militares en función interna, o sea circunscritas a todos los componentes del Cuerpo —Oficiales, Suboficiales, Soldados, Personal Civil— encaucen sus directrices hacia la formación moral, intelectual y social de sus miembros. El uso del uniforme, en todos los lugares y circunstancias, no ha de ser nunca patente de corso para transgredir las normas que obligan en la vida civil. El personal militar en guarda de su honra, de la de su profesión y de la del país al que representa, está sujeto a practicar las mismas reglas de decencia y pulcritud, de honradez y rectitud, dictadas para el paisano.

En este orden de ideas, no se puede omitir la importancia que tiene la labor relacionista del clero castrense. Sin considerar el sacerdocio adscrito a la esfera militar como un instrumento de ella, no hay que hacer a un lado la importancia del sacerdote en el mundo de la milicia. Con acceso a todos las jerarquías, es el confidente y depositario de hombres cuyo espíritu religioso reconoce en él al legítimo intérprete de la verdad. El General y el recluta acuden a su consejo y buscan en su asesoría espiritual la absolución de problemas de toda índole. Sus sugerencias, nunca son rechazadas de plano ni marginadas a la ligera. El Capellán, que por derecho reglamentario forma dentro del Escalafón, ostenta así una doble autoridad y constituye, en verdad, junto con el personal especializado

de relaciones, un canal que da salida a los conflictos psicológicos y a los estados de ánimo dubitativos. Su orientación, que siempre hemos de suponer sabia y prudente, puede, más de una vez, consolidar planeamientos, apoyar iniciativas y resolver incógnitas. El Sacerdote castrense refuerza las decisiones del Oficial superior y robustece la disciplina de los inferiores.

Para dar fin a esta panorámica exposición, diré que las Relaciones Públicas deben fijar su preferente objetivo en el contacto directo con la población civil. El paisano, según término comúnmente usado y admitido, es el sujeto sobre el cual el servicio informativo proyecta su pensamiento. El paisano capta y asimila el material informativo que irradian los dirigentes de Relaciones por medio de la prensa, de la radio, de la propaganda gráfica, de las conferencias, del cine, etc.

Es en esta función donde el sistema de relaciones requiere ser operado con el máximo de inteligencia y discernimiento. Hay que entender cómo se debe dar una información, qué clase de información se debe suministrar y cuál no conviene difundir, por razones de seguridad interna o externa. Cuál es el tiempo oportuno para enterar a las gentes de sucesos específicos, cuyo conocimiento, si tardío, pierde el efecto que se buscaba y, si prematuro, podría trastornar o hacer ineficaz, al menos, cualquier coordinación operativa. Finalmente, la noticia debe ser ubicada en el lugar que le corresponde, lo que quiere decir que se debe elegir el *dónde*. Es natural que una información transmitida a terreno adversario u hostil y según el carácter que se le dé, la forma como se difunda, ocasionará secuencias positivas o negativas.

La noticia difundida es una bomba de tiempo, instantáneo o retardado, de delicado manejo y de efectos calculables. Su utilización necesita manos expertas.

En la creencia de haber definido con suficiente claridad la materia de mi exposición, haré en seguida un breve análisis sobre los requisitos que debe reunir el personal dirigente de las Relaciones Públicas, que en adelante será llamado **relacionista**. Me referiré a las características principales que hacen de tal funcionario un sujeto capacitado para el desarrollo de su misión y lo colocan en situación de privilegio para evacuar su compleja tarea.

El relacionista, en su estricto significado, es quien por vocación natural, por afición, es dueño de un temperamento extrovertido, listo a dar y recibir de sus congéneres lo que tienda al mutuo enriquecimiento de la personalidad. No será relacionista aceptable el individuo ensimismado cuyas introversiones, posiblemente fruto de profundas investigaciones conceptuales, lo separan, instintivamente, del ente colectivo y lo rodean de impenetrable muralla. La **sociabilidad** que dimana de un espíritu abierto y francable es un catalizador de voluntades, un aglutinante que de por sí predispone al asentimiento y lleva a la persuasión.

Pero sería equivocado imaginar que para ser buen relacionista sea menester trillar en el campo de la locuacidad excesiva o, lo que es peor, de la charlatanería. Para conquistar la simpatía de un público, al que deseamos interesar en nuestros asuntos o en los ajenos, la palabrería exagerada es un lastre que fastidia a mentes de cierto nivel cultural y que entontece y despista a quienes no están preparados para separar la maleza del grano, lo sustancial de lo superfluo. En síntesis, el relacionista ha de poseer "don de gentes" y gusto por la sociabilidad.

Como corolario de lo anterior se ve que el relacionista tiene que ser dueño de **facilidad de expresión**, oral y escrita; sólo de esta manera puede fijar la atención de los demás. La facilidad en el uso de la palabra y de las letras,

es el medio de enlace que mejores satisfacciones proporciona.

Tacto, buen gusto. Estas cualidades se desarrollan por medio del estudio, de la observación, de la alternabilidad. Los llamados a dirigir las relaciones deben asimilar costumbres, modismos, idiosincrasia y reglas protocolarias de los habitantes y lugares bajo su cuidado. Dartes la sensación de que no es un extraño en su comunidad, un visitante, sino un partícipe afín a ellos.

La **visión** u "olfato" para deducir consecuencias de plazo mediano o inmediato, juega apreciable rol en toda tarea de preparación psicológica. Para ver más allá de los cercanos horizontes es necesario haber adquirido un buen acervo de experiencias y estudios. En sus desempeños, quien sabe prever resultados e intuir reacciones, evita caídas y tropiezos, siempre perjudiciales. Se anticipa a sucesos que, en un momento dado, desvirtúan su labor.

El relacionista ha de ser **objetivo y firme** en la sustentación de las materias básicas en las que se comprometa. No tiene derecho a contemporizaciones en los puntos fundamentales, que para bien de su público, ha de tratar. Y su auditorio debe recibir una sensación de seguridad y de claridad en su mentor, que no le dejen vaguedades mentales o respuestas truncas.

Toda situación, todo hecho, van rodeados de factores accesorios que el relacionista está en la obligación de conocer y justipreciar. Los **detalles de importancia** son elementos que descuidados u olvidados podrían colocarlo en posición desairada o negativa: nombres, fechas, fisonomías, cargos y dignidades, formas protocolarias indicadas para entenderse con agrupaciones e individuos, son detalles que no pueden olvidarse y que ayudan sobremañera al buen éxito de una gestión. Si el gestor descuida la aplicación, en su debido tiempo y oportunidad de tales aparentes pequeñeces, habrá creado quizá, sin

proponérselo una prevención en su contra.

La preparación intelectual del relacionista y el dominio de los medios operantes, son, desde luego, el cimiento sobre el cual apoya su profesión. La versación en humanidades, psicología aplicada y sociología, historia, geografía, literatura, idiomas, etc. son bagaje del que el relacionista se vale para poder absolver múltiples eventualidades. Como dominio de los medios operantes se entiende la adecuada versación sobre la naturaleza de los instrumentos conductores: La radio, la prensa, las comunicaciones verbales y escritas, las publicaciones en sus diversas formas y sistemas, la fotografía, el cine, la televisión, la propaganda y sus ayudas visuales (carteles, gráficos, etc.). Quiero anotar sí, que el relacionista, en este caso un profesional militar, no está obligado a profundizar en la mecánica física de los medios señalados: su conocimiento se extenderá principalmente a la teoría, o sea la comprensión intelectual del objeto operante. Esa comprensión lo guía para saber de sus alcances, de sus limitaciones, y lo capacitaría para usar del lenguaje apropiado con los técnicos y operarios.

Para rematar, diré que las Relaciones Públicas como disciplina en las Fuerzas Armadas envuelven excepcional importancia, ya que por su conducto el inmenso poder de la Opinión Pública da su carta de crédito y confianza a la institución centinela de su Soberanía.

El servicio de estas Relaciones no ha de considerarse como un aditamento o apéndice de las funciones estrictamente militares. Su aplicación en el terreno social es, aparte de provechosa para las Instituciones Militares, una obligación derivada del derecho que

tiene la Nacionalidad a saber cómo se protegen sus intereses y hasta dónde son hábiles y responsables los gestores de su defensa.

Las Relaciones Públicas Militares son un sistema de comunicación colectiva enderezadas a crear el trato, la colaboración, el allanamiento de tropiezos y dificultades, la asistencia voluntaria de la comunidad. Pero lograr tales objetivos y asegurar el prestigio institucional, son realizaciones a las que se llega solo mediante la continuidad, la ininterrumpida acción comunicativa. Una acertada búsqueda de hechos, un planeamiento rigurosamente estudiado y aprobado por el superior y una evaluación debidamente comprobada, garantizan la constancia y perdurabilidad dichas.

Las Relaciones Públicas, encuadradas en el Ejército, la Marina y la Aviación, obedecen a normas emitidas por los respectivos Comandos. En ellas se tratan las generalidades del asunto, se dan las definiciones pertinentes, se imparten las órdenes que encauzan y regulan los aspectos de la actividad. Puntualizan las misiones de los organismos militares en sus Unidades Operativas y Tácticas y documentan sus decisiones en los Reglamentos, publicaciones y obras de consulta relacionados con la materia.

De todo lo anterior se desprende que las Relaciones Públicas, que actúan en todos los ámbitos y que tienen su origen en la existencia del hombre, no constituyen una novedad, ni son un invento de última hora; pero que en la época contemporánea han sido sistematizadas y dirigidas al máximo aprovechamiento de las sociedades, en sus variados estamentos.